

Impotente ante la muerte, tan temida, arranque de su «sentimiento trágico de la vida», con el que no la pudo dominar, «murió de pie, como un toro español, cara al vacío y a la muerte» (28).

En fin, sobre la sobria lápida que cubre su nicho, en el cementerio católico de Salamanca, la ciudad que según Cervantes «enhechiza la voluntad», campean estos versos que resumen al mejor Unamuno:

*Abreme, Padre eterno, tu pecho,
misterioso hogar,
dormiré, que vengo deshecho
del duro bregar.*

Al mejor Unamuno, queda dicho. Porque deberíamos renunciar definitivamente a considerar al agónico como el Unamuno más característico y definitivo. Una sensación de malestar nos invade hoy cuando estudiamos y analizamos sus ensayos agónicos más importantes. Llenos de repeticiones, de interminables variaciones sobre el único tema de la vida agónica de don Miguel, no resisten un análisis crítico sus partes más constructivas y pretendidamente originales (29).

En cuanto a *Del sentimiento trágico*, podrá uno sentirse de acuerdo con su básica afirmación del universal «hambre de inmortalidad» si se entiende en el sentido restringido de «en principio, no querer morir o querer no morir»; podrá uno, quizá simpatizar con la exposición de lo que él llama la «disolución racional» (caps. III y V; respectivamente), es decir, con la crítica de las tradicionales 'pruebas' escolásticas ('racionalistas') de la inmortalidad del alma y de la existencia de Dios, ya superadas desde Hume y Kant. ¿Pero cómo mantener el cúmulo de ligerísimas, superficiales afirmaciones sobre la «esencia del catolicismo»

(28) F. DE ONÍS, en su Introducción al número-homenaje de *La Torre*, antes citado, p. 17. Una atenta lectura del *Cancionero*, comenzado a escribir inmediatamente después de la segunda gran crisis religiosa y psicológica de Unamuno, evidencia la magnitud de su soledad y de su descubrimiento del silencio de Dios. Quedan entonces, como a posteriori, comprobadas las palabras de A. ZUBIZARRETA: *Tras las huellas de Unamuno*, Madrid, Taurus, 1960, p. 50: «... no se siente solo únicamente en relación a su familia—soledad impuesta por su misión—y a los hombres de su época—incomprensión—, sino que se siente abandonado de Dios: 'Dios se calla. Y se calla porque es ateo.' Sentía más que nunca el silencio de Dios, sentía la 'soledad divina'. Resulta curioso comprobar que CH. MOELLER: *Textos inéditos de Unamuno*, edic. cit., p. 83, se lamenta de que «la mayor parte de los investigadores han renunciado a la tarea de leer y analizar el *Cancionero*». El bien intencionado Monseñor cree que ese estudio, junto con las consideraciones filosóficas que se hallan en el *Diario*—como se sabe, aún vergonzosamente inédito—mezcladas con reflexiones teológicas, «son clara prueba de que don Miguel estuvo más cerca de una total conversión de lo que hasta ahora se venía suponiendo», *Ibid.*, p. 43. Recomendamos al ilustre prelado, como buen investigador unamuniano, que lea y estudie el *Cancionero*. Será muy otra su conclusión.

(29) En su artículo «La religión poética de Unamuno», en *La Torre*, IX (julio-diciembre 1961), 218, M. ZAMBRANO dice, por su parte, que *Del sentimiento trágico* le parece el «libro más ambiguo y en cierto modo erróneo de don Miguel», y que «*La agonía*... es un pálido esquema de algo que pudo ser, casi una larva.»

... título y tema populares en los medios liberales del protestantismo del siglo XIX—entendido como institución cuyo fin primordial es «proteger esa fe en la inmortalidad personal del alma»? (cap. IV). ¿Cómo no rechazar esa serie de exposiciones pseudoteológicas, a las veces enormemente erróneas, de los capítulos centrales? Por otra parte, ya han sido juzgadas las otras dos grandes construcciones de esta indigesta obra: su intento de fundar en el «sentimiento trágico», en «la guerra entre razón y sentimiento», como él nos dice, «toda una concepción de la vida misma y del universo, toda una filosofía... toda una lógica, una estética, una ética, una concreción religiosa» (caps. IX, X y XI); y su insistente proposición, formulada años antes en su prólogo a la *Vida de Don Quijote y Sancho* (prólogo extraño a esta obra, como se sabe, la que a su vez es tan extraña al auténtico Don Quijote cervantino), de la «religión del quijotismo» como remedio para «la tragicomedia europea contemporánea».

Si algunas de estas líneas que anteceden, en una crítica no analítica tampoco, sólo global, es cierto, se antojan extremadas, más podrán parecerlo las vertidas sobre el segundo de los celebrados ensayos del Unamuno agónico. *La agonía del Cristianismo* no tiene contenido filosófico alguno, ni aun apenas puede decirse que lo tenga religioso ni aun teológico; abunda en afirmaciones y acusaciones a todas luces injustas, desorbitadas, deliberadamente confusas. Quizá su mayor mérito, ya, en sí, inapreciable, consista en haber señalado en un tiempo en el que «el catolicismo no importaba más que a los curas, a las mujeres y a ciertos apologistas católicos que lo proclamaban y convertían en bandera política ultramontana más que lo vivían» (30), y en haberlo señalado con valentía, que su autor erigía en el centro mismo de su preocupación existencial el empeño religioso vivido con ansia de búsqueda y en desnuda tensión sobre la cuerda floja de sus propias agónicas y antagónicas inseguridades. Unamuno fue, durante muchos lustros, uno de los poquísimos españoles que hablaban de Dios y acaso el único que se atrevía a dudar de El. Con ser esto mucho y valioso, y no haber sido estimado por aquel clero amodorrado que España soportó largos años, no basta para salvar el prestigio intelectual de ese libro escrito a contrata en París, en el exilio, en momentos críticos para el espíritu de Unamuno, quien nada hubiera perdido con no darlo a la luz (31).

(30) J. L. L. ARANGUREN: «Unamuno y nosotros», en *Antología de Miguel de Unamuno*, México, Fondo de Cultura Económica, 1964, pp. 20-21. Ese trabajo reproduce la lección pronunciada en el symposium unamuniano organizado en 1964 por la Universidad de Vanderbilt.

(31) Recuérdese que fue escrito a petición del director de un diario un tanto sensacionalista. En su redacción y traducción al francés, lengua en la que vio la luz antes que en castellano, desempeñó un decisivo papel Jean Cassou. También vamos a disentir de MOELLER, cuando en el librito citado dice que «hay que dar de mano a esa crítica doctrinaria que pretende “juzgar” a Unamuno», p. 65. ¿No es

Aun los desvelamientos más incitantes que encierra, confluyentes en subrayar la situación paradójica y agónica del cristiano por serle exigidas actitudes contrarias entre sí, tan sólo de pasada son tocados, sin desentrañar temas de atractiva y muy kierkegaardiana enjundia. La fe como duda y esperanza, como creación y búsqueda, más que como creencia y posesión. La contraposición entre Evangelio y Biblia, o entre vida y dogma. La diferencia entre Cristianismo como vivencia solitaria y Cristiandad como organización solidaria. La crítica al «cristianismo social» y a la «democracia cristiana», así como a formas devocionales extendidas en los años veinte como la del Corazón de Jesús y su Reinado Social, que él vincula a la influencia jesuítica. La necesidad de desenfear la religiosidad de la religión y ésta de toda contaminación no religiosa que él llama «salomónica» y hasta, con certera visión, en los mismos términos actuales del Cardenal Jaeger, «constantiniana». El examen. La reforma. Espléndidos temas, hoy tópicos ya, y en ese libro tan confusos, tan arbitrariamente tratados, tan faltos de precisión.

No valdría aducir en descargo —y estas precedentes cargas son aún leves— que tales exposiciones agónicas e «irracionales» no son susceptibles de un análisis racional o ni aun siquiera razonable. Fácil escapatoria «irracionalista» que se presta al más vulgar escepticismo. Seamos, si hay que serlo, generosos con la sensibilidad, el sentimiento, la intuición, la libertad de expresión, las «razones del corazón»: con lo que Unamuno llamaba la «cardíaca» y Ramón Sender ha ido llamando la «ganglia». Pero no hay otro control de las afirmaciones que pretenden ser tomadas en serio que el ejercido, de una u otra forma, por un metódico y enjuto ejercicio de la razón. Todas las afirmaciones, si lo son y en cuanto lo son, exigen y permiten un análisis crítico. Con mayor motivo, si pretenden ser tenidas por filosóficas, como es el caso de esos dos ensayos «filosóficos» de nuestro don Miguel. Si su verdad, es decir, su seriedad, ante tal análisis zozobra y se diluye, y no obstante preservan un nebuloso atractivo que sacude y agita nuestra intimidad, será una buena señal, será señal de que proceden de la entraña emotiva de su autor y de que con ella vibra la nuestra. Habrá allí más poesía que filosofía de verdad, o habrá acaso una cierta poesía filosófica o una incierta filosofía poética. George Santayana, aquel gran español peregrino, ínclito contemplativo, tituló un precioso librito sobre Lucrecio, Dante y Goethe, *Three Philosophical Poets*. El que algunos libros, precisamente los más nombrados y tópicos del Unamuno agónico, fueran escritos en prosa, no debiera hacernos cambiar el veredicto,

doctrinaria, desde otro ángulo, la que él ha hecho? Y en todo caso, ¿puede darse otra crítica —supuesta la que él llama histórica y explicativa, desde luego— si se trata de las ideas del hombre que él mismo llama repetidamente «el gran filósofo español»?